

Ferreira dedica un exhaustivo estudio como modo de expresión más importante entre los autores complutenses.

De la misma manera, el humanismo médico de estos autores se refleja muy bien en la labor de crítica textual a que someten los textos clásicos (Hipócrates y Galeno), cotejando todos los testimonios posibles (ediciones y manuscritos, a modo de pionera *collatio*) y haciendo gala con ello de una erudición e intuición filológicas de gran altura, que se manifiestan fundamentalmente en sus cuidadas y pulcras traducciones al latín.

No obstante, en este punto quizá se debería haber pospuesto el estudio del comentario a los de crítica textual y traducción, siguiendo así la metodología de los propios humanistas, quienes, como dice la autora (p. 140), «organizaron su trabajo en tres fases fundamentales para una comprensión integral del texto: crítica, traducción y comentario».

El rastreo de las fuentes en los autores médicos alcalaínos se basa en las propias citas que ellos incluyen en sus obras, y sirve para resaltar, una vez más, su amplitud de miras y su integral humanismo, ya que, aunque predominan las citas de autores médicos antiguos y modernos, también se encuentran alusiones y citas de obras literarias greco-latinas.

El capítulo dedicado a la lengua es, sin duda, el más ilustrativo para comprobar la erudición humanista de los médicos de Alcalá. En primer lugar se aborda el problema del latín/romance, ante lo que los autores alcalaínos se inclinan por el primero como única lengua válida para la medicina, quedando relegado el castellano para la cirugía y botánica (salvo el cirujano Arceo, que publica en latín). Tras ello, Martín Ferreira muestra con numerosos ejemplos y abundantes citas la preocupación que estos autores tenían por la expresión elegante, por la pureza latina, por las reglas retóricas y la prioridad de la *imitatio* de los antiguos como base para su literatura, y en especial la de Celso para el empleo más exquisitamente latino del léxico.

La obra de Martín Ferreira, pues, a pesar de las numerosas y nutridas notas a pie de página que incluye y que a veces, por la ineludible conveniencia de su lectura, dado su interés científico, entorpecen el seguimiento de sus explicaciones y reflexiones, supone una aportación decisiva para el estudio de uno de los focos de humanismo médico más importantes no sólo de España sino también del siglo XVI europeo. Ahora esperamos con expectación esas otras monografías sobre aspectos más concretos (las traducciones de Aristóteles por parte de los médicos alcalaínos, el estudio de su léxico terapéutico), de las que la autora apunta su salida a la luz en un futuro próximo.

MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ MANJARRÉS

M. V. Pérez Custodio, *Los Rhetoricorum libri quattuor de Benito Arias Montano. Introducción, edición crítica, traducción y notas*, Diputación Provincial de Badajoz-Universidad de Cádiz, Badajoz, 1996, CXX + 323 (dobles) pp.

La escuela de investigadores sobre el Humanismo que se ha venido formando durante los últimos años en la Universidad de Cádiz rinde un muy apreciable fruto filológico con esta edición de la «Retórica» en verso de Arias Montano. Sólomente el

intento de verter al castellano un texto de esa densidad y complejidad merece el elogio que de antemano dedicamos a la profesora Pérez Custodio. Salir del paso con tal brillantez debe ser motivo de orgullo no sólo para ella, sino también para la cada vez más amplia familia de estudiosos españoles del neo-latín.

Nos hallamos ante la primera edición crítica de este peculiar tratado realizada hasta nuestros días, puesto que la publicada por Domenichini en Pisa (1985) es mera reedición de la *princeps* plantina (Amberes 1569). Es, asimismo, la primera traducción a una lengua moderna.

Se inicia este trabajo, que tiene su origen en la Tesis Doctoral de la autora, con una introducción que cumple con rigor su natural objetivo: dejar al lector plenamente informado y preparado para la lectura del texto que se edita. Un primer apartado compendia cuantos datos pueden deducirse acerca de la vida y formación del autor hasta y durante la época en que elaboró estos cuatro libros sobre Retórica: sus estudios en Sevilla, Alcalá y, quizá, Salamanca, la relación con personajes de considerable reputación intelectual como A. García Matamoros o P. Mexía, sus viajes a Italia, el ingreso en la Orden de Santiago, etc.

Con sagacidad y prudencia se considera y maneja en el segundo apartado toda la información que tanto de la lectura de la obra como de fuentes externas puede inferirse para establecer los avatares de una redacción dilatada en un espacio de quince años (c. 1546 - c. 1561). Ello permite a la autora proponer un primer período hispalense en la elaboración del tratado, una continuación complutense y una conclusión post-complutense que puede ubicarse con gran probabilidad en San Marcos de León. Siempre teniendo muy en cuenta la salvedad de que los datos en que se basan varias de esas hipótesis pudieron incluirse en momento posterior al que sugiere la secuencia real de la obra.

Un utilísimo esquema de la estructura del tratado, que aún ganaría eficacia con la inclusión del número de página además del de verso, constituye el tercer capítulo de la introducción. El cuarto se dedica al ineludible establecimiento de las fuentes en las que bebió Montano para redactar su «Retórica». De entre sus contemporáneos se contempla únicamente la influencia directa, e indiscutible para la autora, de los *Poeticorum libri tres* de Girolamo Vida (como precisión bibliográfica señalaremos que existe edición reciente, aunque no crítica, que no se recoge: A. M. Espirito Santo, *Marco Girolamo Vida. Arte Poética*. Lisboa 1990). De los antiguos se demuestran con plena suficiencia los ecos de la *Rhetorica ad Herennium*, Cicerón, Quintiliano, Horacio y, en fin, del agustiniano *De doctrina christiana* como puente entre las teorías retóricas paganas y la formación del orador cristiano, del mismo modo que las obras de aquéllos son nexo de unión con el saber helénico en ese terreno.

Es en el capítulo quinto, dedicado a la finalidad de la obra, donde, a nuestro criterio, se leen las páginas más notables de esta introducción. En ellas se sitúa el texto en su momento histórico-cultural, demostrando que se trata de un típico producto del Renacimiento en la etapa contrarreformista, con su constante y contradictorio afán de equilibrio entre lo sacro y lo profano, lo tradicional y lo «moderno», lo clásico y lo coetáneo, etc.

Un capítulo dedicado a la historia editorial de la obra y a los criterios de edición a los que obedece el texto presentado, así como un nutrido y útil elenco bibliográfico, cierran una introducción sobria, precisa y de agradable lectura.

Si muy positiva es la impresión que en el lector causan esas páginas preliminares, no menos lo es la lectura de la traducción que propone la profesora Pérez Custodio. Ha logrado un texto ágil y ameno, de muy notable claridad y perfectamente ajustado al texto de Montano, del que se revela un amplio y profundo dominio.

Las anotaciones resultan, tanto por su cantidad como por su extensión, suficientes para servir de apoyo y no de rémora a la lectura del tratado. En su mayoría se dedican, lógicamente, a la explicación de los conceptos retóricos que aparecen en el texto, siempre a partir de los textos latinos clásicos sobre la disciplina, con los que la autora muestra gran familiaridad. Sirven esas notas de demostración y desarrollo de las ideas apuntadas en la Introducción acerca de las fuentes clásicas utilizadas por Montano.

Felicitemos, pues, a la profesora Pérez Custodio por haber querido y sabido poner a nuestro alcance *un texto de especial importancia en la producción latina del XVI para el estudio de la retórica renacentista y su repercusión en las literaturas romance y latina de la época.*

PEDRO CONDE PARRADO